

embargo, ni siquiera en tales circunstancias se descomide respecto a los adversarios.

El conjunto de crónicas sobre la campaña del Perú no sólo deriva su fama del interés que ofrecen las impresiones o la alta categoría de más de un relato (v. gr. el del general Lynch), sino también —y acaso muy especialmente— de la naturaleza desembarazada y rica de un lenguaje dinámico y castizo.

Nos encontramos muy lejos del criterio con que se ha venido tradicionalmente juzgando el fondo y la forma de *Bajo la Tienda* por algunos comentaristas de escasa preparación en estimativa y en preceptiva. En efecto, más de uno ha dado en la flor de calificar a estos artículos como cuentos, mientras imputa debilidades gramaticales y deficiencias estilísticas que —en verdad— resultan imprecisables. Conviene desvanecer de una vez por todas errores de tan grosera envidia, y remachar que este puñado de crónicas significan un aporte a la prosa nacional. Si algún reparo debemos hacerles, no será otro que el de señalar la confusión que en ocasiones se produce por el exceso de materiales apretujados. Y se explica. ¿No influirían acaso la premura y la nerviosidad en un corresponsal de guerra cuya misión es estar informando, minuto a minuto a sus compatriotas?

La lectura de este volumen reconforta y deleita simultáneamente. Debe recomendarse en especial a los pesimistas y jeremías que escatiman la fe en el pueblo.

“UNA MUJER LLAMADA FANTASÍA”, de *Frank Yerby*. Zig-Zag

Hace años que folletines yanquis vienen invadiendo los mercados hispanoamericanos. Entre estos novelones existen unos cuantos que ofrecen cierto interés, ya sea porque la técnica del autor no es desdeñable e inventa a cada instante trucos o procedimientos que encienden la atención de los lectores poco cultos, sea porque presentan de paso algunos problemas y aspectos del lugar donde el asunto se desarrolla. *Una mujer llamada fantasía* pertenece a semejantes

especies, y el novelista que la ha creado figura entre esos denodados narradores que se hacen leer.

Son muchos los puntos de contacto que los modernos folletines tienen con los libros de caballería, pero no es el momento de zahondar en ellos. Una diferencia, no obstante, vale la pena exaltar siquiera en forma muy económica, y es la que se refiere al sexo de los protagonistas. Por lo común, los mamotretos románticos norteamericanos presentan como personaje central a jovencitas, casi siempre hermosísimas (aunque no se precisa en qué estriba tamaña belleza), pobres y esforzadas hasta lo inverosímil; exhiben como única fortuna —aparte los atributos ya mencionados— la más formidable de las virtudes. Remedando a Cervantes, anotemos que andilgar por yermos y despoblados “con su virginidad auestas”. Les salen al paso no salteadores de caminos, sino mancebos en excelente situación y de singular apostura, entre los cuales llegan a trabarse luchas en que las “yancadas” hacen su agosto. La reciedumbre de los varones acepta parangonarse únicamente con la voluntad de doncellez de las mozas. Danse bofetadas monumentales o se mandan a mejor vida por un “quítame allá esas pajas”. Finalmente, el mejor de todos renuncia a la heroína en homenaje al violento afecto que ésta ha cobrado al más raro, sombrío y atrabiliario, que es, en compensación, el más distinguido o aristócrata.

Al hilo de un sinfín de vulgaridades y renovadas peripecias, Yerby explota con habilidad el recurso de presentar problemas que sin duda preocupan a un lector de cierta madurez. Tales son la técnica con que se explotan las plantaciones de algodón y el trato que se da en Estados Unidos a la raza negra, las dificultades que vence la iniciativa individual en la consecución de préstamos y concesiones para instalar industrias en medios poco evolucionados y que no reúnen las condiciones geográficas y climatéricas adecuadas, como asimismo otros que se vinculan a la sociedad y prejuicios de las aristocracias que se gestan o decaen.

A pesar la superabundancia de tópicos y lugares comunes, la literatura folletinesca tiene en Frank Yerby a cultor sagaz, que rea-

liza un buen negocio con su azacanada pluma. Sabe lo que la masa pide, y pues "lo paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto".

Lo que no es justo, y sí en extremo perjudicial para públicos todavía bisonños en la alta literatura como son los hispanoamericanos, es que las editoriales de nuestros países perviertan el criterio de lectores dignos de mejor suerte: la que deparaban otrora las prensas de Zig-Zag, cuando editaban por la vigésima parte del precio las obras maestras de la literatura contemporánea.

"PENA DE MUERTE", de *Enrique Lafourcade*. Imprenta  
Universitaria

He aquí un joven escritor que no sobrepasa los cinco lustros de edad y ya nos entrega una novela psicológica de notable categoría.

En la familia equívoca de *La Muerte en Venecia*, *El Inmoralista*, *Demián*, *La Pasión y Muerte del Cura Deusto*, *El Sacerdote y el Acólito* y otras obras de manifiesta temperatura homosexual, *Pena de muerte* se da traza para realzar con fineza poco conocida en literaturas embrionarias y primitivistas como suelen ser las hispanoamericanas un sentimiento que normalmente repugna al sentido común. Y es que en el fondo no constituye ni un ditirambo ni una apología de la inversión, sino más bien un retablo de claroscuros y matices donde la mayor importancia la tienen la inteligencia y el buen gusto.

Esa es la verdad. ¿Personaje central? Un esteta, un ser refinado, que posee sentido exacto del matiz y del castigo. Otrosí un atormentado por la vivencia de la muerte, por la angustia vital en que se hace consciente la tragedia cotidiana, normal de vivir, que es agonía y derrumbe.

Si Neruda actualizó la congoja temporal persistente en el individuo humano que sufre "luto de viudo furioso por cada día de vida", el protagonista de *Pena de muerte* padece con no menos ri-